

en que estamos de rectificar nuestro propio juicio, purificándolo de los errores que por nuestra ignorancia y por nuestra malicia pudieran abrigar nuestro entendimiento y nuestra voluntad; puesto que el fruto que podemos sacar de vivir con esta reflexión es hacernos conocer y amar la verdad, la justicia, la virtud, la sinceridad, la buena fé y demas excelencias y virtudes que abraza la moral cristiana; y conocer también y aborrecer la vanidad, la mentira, el engaño, la mala fé, la traicion, el lujo, la soberbia y otros vicios y deformidades que condena y detesta la misma saludable moral del Evangelio.

—————
DIA CUATRO.

Santa Rosalía, vírgen, y Santa Rosa de Viterbo.

SANTA ROSALIA.

SANTA Rosalía fué natural de Palermo de la Sicilia, y nació á principios del siglo XII. Su padre se llamó Sinibaldo, y era descendiente de muchos reyes de la Italia, que traian su origen de Carlo Magno. Recibió su primera educacion en el palacio de Rogelio, primer rey de Sicilia, que era pariente muy cercano de la Santa, y algunos opinan que fué dama de Margarita, esposa de Rogelio. Se crió en el fausto, en la grandeza y brillantez de la corte; pero ninguno de estos atractivos pudo adormecer su alma y hacerla insensible á los clamores de la santa religion. Se veía rodeada de todo lo que podía hacerla feliz en este mundo, porque aun la naturaleza se había manifestado pródiga en sus dones, haciéndola tan bella que se atraía la admiracion de todos los cortesanos. Sin embargo de esto, la Santa despreciaba todas las delicias que le proporcionaba el palacio real, para trabajar en la solicitud de la felicidad eterna.

El bullicio de la corte, la relajacion de costumbres, nacida de la ambicion y de otros vicios, hicieron que Rosalía se creyera expuesta en el palacio, y determinó salir de él para un retiro donde no tuviera otro objeto que su Dios. No dejaba de conocer que era muy arriesgado el proyecto en atencion á su sexo; pero tenia mucha confianza en Dios, y puesta en oracion le rogó fervorosamente que la iluminara, y se sintió movida y resuelta á llevarlo adelante. Pensaba qué sitio seria mas á propósito para su intento, donde pudiera

vivir ignorada del mundo todo, y sin que este retiro se pudiera interpretar con peligro de su honor. Se dice que unos ángeles, mandados por el mismo Dios, la condujeron al monte de Quisquina, distante once leguas de Palermo. Este era un sitio perteneciente á las muchas posesiones que tenia su padre; otros opinan que era de la reina Constancia que se lo dió á Rosalía. Era casi inaccesible é inhabitado hasta de las mismas fieras, y en lo mas escondido del bosque se encontró una cueva tan estrecha, que apenas cabia, y tan húmeda, que no tenia mas lugar seco que el que podía ocupar su cuerpo. Este fué el lugar que escogió para su habitacion. ¡Qué trasformacion tan admirable! Rosalía abandona su palacio, sus riquezas, sus comodidades, los atractivos de la corte, la compañía de sus padres y parientes, y elige una cueva horrorosa donde no tiene mas alimento que yerbas crudas, mas comodidades que una peña que le sirve de lecho, mas compañía que un crucifijo, ni mas distraccion que la oracion y la meditacion.

Esta era su ocupacion continua; en ella pasaba el día y parte de la noche, recibiendo los placeres celestiales y las consolaciones divinas con que Dios favorece á los Santos. Jamas volvió á recordar su estado de opulencia, sino para dar gracias al Todopoderoso porque la había sacado del peligro, y reconocer sus beneficios. En esta soledad vivía contenta, porque había despreciado al mundo por servir á Dios; pero el demonio, que no podía sufrir esto, se valia de todos los medios posibles para turbar su reposo. Unas veces acabardaba su espíritu con el aparato de las furias infernales que la amenazaban en diversas actitudes: otras hacia que las fieras que no podían entrar hasta su estancia por lo fragoso del terreno, penetraran y la amenazaran con sus espantosos rugidos; y en fin, pintaba en su imaginacion fantasma funestas que la inquietaban; pero en todas ocasiones invocaba á Dios delante de su crucifijo, y este la sacaba de todas sus tribulaciones, y la confortaba para que pudiese tener la fortaleza necesaria y siguiera el camino que había emprendido.

Llevaba algun tiempo de estar en la cueva del monte de Quisquina, y sin saberse el motivo, quiso variar de residencia. Se conoce que esta resolucion no la haría por su voluntad, segun la inscripcion que dejó en ella, que decía: *Yo, Rosalía, hija de Sinibaldo, Señor de Quisquina y Rosas, determiné habitar en esta gruta por amor de mi Señor Jesucristo.* Se apartó de su primera habita-

cion para buscar otra en el monte Peregrino, situado dos ó tres millas al norte de la ciudad de Palermo, que por una parte lo circundan amenos y deliciosos prados, sirviendo la otra de ribera al mar Tirreno. Este monte era aun mas áspero que el primero, y en él encontró Rosalía una gruta cuya entrada era tan estrecha, que tenia la Santa que introducir un brazo primero, despues la cabeza, y luego con mucha dificultad el cuerpo. El interior de esta cueva era espantoso: formada debajo de unos peñascos que destilaban agua continuamente, la tenían llena de lodo. Ninguna luz la iluminaba, y parecia que Dios ó la naturaleza habian formado dentro de este calabozo un lecho á manera de sepulcro, que estaba libre de la humedad y servia de descanso á nuestra Santa.

Como Rosalía puede decirse que se sepultó en vida, con la ocultacion de su cuerpo escondió tambien las obras de su virtud, y casi nada se sabe de los particulares de su vida; pero se puede creer que en aquellos solitarios sitios seria consolada y fortalecida por dones especiales de Dios, supuesto que ella habia elegido un singular método de vida para agradarlo. Si se da crédito á las pinturas antiguas, por ellas se vé que Rosalía en su primera cueva, fué visitada de ángeles, y en esta otra la misma Virgen María con su Divino Hijo en los brazos, le hicieron alguna vez compañía. Se vé tambien que Jesucristo le pone una corona de flores. Estos hechos tienen la certeza que puede darse á un documento antiguo, cuyo origen se ignora, y por consiguiente no es difícil que solo sean pinturas que simboliceen las virtudes de nuestra Santa.

Cuando Dios lo tuvo por conveniente, la llamó para darle el premio de sus heroicas virtudes en la bienaventuranza. Se ignora todo lo perteneciente á su muerte; y solo se puede congeturar que previó su fallecimiento, porque su cadáver se encontró colocado honestamente en la peña que le servia de lecho, teniendo en la mano izquierda el crucifijo que era su único compañero, y con la derecha sostenia su cabeza. Estuvo oculto su cadáver cuatrocientos y setenta años, hasta el de 1624 en que invadió á Palermo una asoladora peste que trajeron unos cautivos de la Africa. Se hicieron muchas rogaciones para aplacar la ira de Dios, y una vez que se sacó una procesion en que se cantaba la letania, los cantores todos simultáneamente y como iluminados por Dios, invocaron á Santa Rosalía. El pueblo piadoso repitió este nombre con mucha devocion y con efusion de lágrimas. Al día siguiente se encontró su cadáver, y co-

menzó á observarse que la peste se disminuía hasta que se extinguió completamente. Ya desde entónces se levantaron templos en honor de la Santa, y en los montes de Quisquina y Peregrino que le habian servido de mansion, se formaron dos altares de mármol para eternizar su memoria. Pero nada es mas hermoso que la urna en que fué depositado su cadáver en la iglesia metropolitana de Sicilia, donde Dios concede sus gracias por intercesion de la Santa. El dia 4 de Setiembre es de tiempo inmemorial el señalado para su festividad.

Santa Rosa.

Nació Santa Rosa de padres piadosos, y apénas nació, se vieron en ella indicios de una admirable santidad, pudiéndose decir que ignoró los impedimentos de la infancia; que en los brazos de su madre tenia ya el juicio formado, y que aborreció con vehemencia aun los pueriles entretenimientos de la niñez. Pequeñita aun iba al templo de Dios á orar y observar su ley, y desde la misma infancia fué enseñada por Dios á temerle y abstenerse de todo pecado; y los primeros acentos que pronunció fueron los dulcísimos nombres de Jesus y María. No salia aun de la infancia cuando ya hablaba y obraba como maestra de la virtud, y por una especial bendicion del Señor, se vió que habia tocado los términos de la perfeccion. Al observar este prodigio, podemos decir con San Ambrosio, que la gracia del Espiritu Santo no tiene necesidad de esperar el sucesivo curso de la edad.

No se formaba esta admirable virtud sin los medios usados por los Santos, oracion, ayuno, penitencia; mas se veia la singularidad de ser empleados por una que sin conocer la malicia ni el pecado, usaba de razon ántes de tiempo. Castigaba en efecto con crueles disciplinas su tierno cuerpecito, como si tuviese que expiar propios pecados ó corregir los excesos de una vida viciosa ó de una naturaleza rebelde, á la cual en efecto perseguia con absoluta guarda de sentidos y todo género de mortificacion. Jamas usó de galas ó vestidos propios del siglo, á cuyas pompas, lujo y vanidad tenia un positivo horror. Vestida de grosera lana, y en lo interior de un áspero cilicio, andaba con los piés desnudos, macerando su inocente carne con perpetuo ayuno, repetidas y cruentas disciplinas y todo género de austeridades; por cuyos medios consiguió que reducido



S. Rosa de Viterbo.



S. Lorenzo Justiniانو Martir.



S. Donaciano Obispo.



S. Regina Virgen y Mr.

absolutamente su cuerpo bajo la servidumbre del espíritu, en nada impedía á este para estar de continuo como estaba en la contemplación de los divinos misterios.

Grande fué la santidad á que en breve llegó nuestra Rosa con tan pura y penitente vida, y el Señor comenzó á ilustrarla con milagros estupendos, siendo el primero la resurrección de su tía paterna que alcanzó del Señor con fervorosas súplicas. Resplandecía en ella la mas tierna y compasiva misericordia con los pobres, á quienes de costumbre socorría con cuanto le era dado, siendo tan acepto á los ojos de Dios, como lo comprueba el milagro que obró en cierta ocasión en que llevando en su delantal pan para los pobres, y sorprendida por su padre que le mandó le mostrase lo que llevaba, abriendo el delantal vióse convertido en flores aquel pan, con la circunstancia tambien de ser tiempo de invierno el en que acaeció este caso. No era ménos la solicitud con que cultivaba la inapreciable virtud de la castidad, siendo tal su observancia, que jamas se le observó palabra ó acción que no fuese pudorósísima, y que en su modestísimo semblante aparecía cierto candor angelical que se dejaba observar y era indicio de la pureza de su alma.

Llevada del amor al retiro, se redujo á una pequeña celda en lo mas retirado de la casa paterna, donde mas libremente vivía entregada á la oración y á la penitencia, la cual llegó á ser tan rigorosa, que hubo de enfermarse gravemente; mas restablecida la salud por la Santísima Virgen María que se le apareció, vistió despues por mandato de la misma Señora el hábito del tercer orden de San Francisco. Turbada la paz de la Iglesia por la impiedad del emperador Federico II, fué tanto el dolor que nuestra Santa concibió en su ánimo, que no contenta con la fervorosa oración que por su restablecimiento dirigía hácia el Señor, trabajó no poco con exhortaciones y argumentos que hacia á los perturbadores del orden, lo que le concilió el odio de estos en términos de hacerla salir de Viterbo á otro pueblo en calidad de destierro, cuya tribulación, en que fué envuelta toda su familia, llenó á nuestra Santa de consuelo al verse perseguida y padeciendo por la justicia. A poco tiempo, alumbrada de Dios, predijo la muerte de Federico y el restablecimiento de la paz en la Iglesia. Durante su destierro, restituyó la vista á una muger ciega de nacimiento y mas ciega en la fé, cuya conversión logró con un prodigio, pues para predicarle y exhortarla, se arrojó animosa á una hoguera encendida, donde permaneció ileso por es-

pacio de tres horas, hasta que en efecto aquella obstinada abjuró sus errores.

Vuelta á Viterbo, pidió ser admitida en el convento de monjas de Santa María de Rosas; mas negándosele su admisión por la suma pobreza en que estaba el monasterio, se retiró á su casa, donde entregada con mayor fervor al ejercicio de todas las virtudes, y conocida por ella y predicha su muerte, á pocos dias enfermó gravemente, y preparándose para el trance de la muerte, para ella tan feliz, entregó en efecto su inocente alma en manos de su Esposo á los 18 años de su edad. Su santo cuerpo fué sepultado en el templo de Santa María de Podio, de donde exhumado á los treinta meses por mandato de Alejandro IV, se halló entero y exhalando un olor exquisito. El proceso de su canonización se instruyó ante el papa Calixto III.

La Epístola es del capítulo X y XI de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios [pág. 232].

Hermanos: El que se gloria, glórfiese en el Señor, &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo. [pág. 371].

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre la esperanza y confianza en Dios.

Considera, que el hombre que espera en Dios reconoce un primer Ser, dotado de perfeccion infinita, se deja conducir de su sabiduría, se apoya sobre su poder, confía en su bondad, se abandona en su misericordia, descansa sobre su providencia, y está seguro de su amor. La esperanza, de hombres nos hace Dioses; de débiles, poderosos; de pobres, ricos; de miserables, felices. ¿Y de dónde esto? De que se apoya en Dios. Si no te apoyas en las criaturas, Dios te sostendrá: si no tienes subsistencia alguna humana, tendrás la divina: si renuncias tus propias luces, te gobernará la sabiduría divina: si te despojas de tus fuerzas, el poder de Dios te asistirá: si te vacías de tí mismo, Dios te llenará de sus gracias y bendiciones. ¡Ah, que el pobre se sene gustosamente al rico; el débil al fuerte; el enfer-

mo al médico; el infante á su nodriza: solo tú, débil, pobre y enfermo no te unes á tu Dios!

Considera, que nunca debemos esperar mas que cuando parece que todo nos lleva á la desesperacion; ni debemos temer ménos que cuando parece que todo nos inspira temor. Entónces conviene abandonarnos mas en Dios, cuando parece que el nos ha abandonado. Dios nos da su subsistencia, si nos despojamos de la nuestra; nos comunica su fortaleza, si reconocemos nuestra propia flaqueza; y nos da sus tesoros, si confesamos nuestra pobreza; porque si tal hacemos, le damos la gloria que se merece, reconociéndolo Autor soberano de nuestra justificacion y de todo nuestro bien, y evitamos el fatal error en que, como en escollo, tropezaria y se haria pedazos nuestra nave; porque, el conocer á Dios sin conocer nuestra propia miseria, nos induciria á la presuncion: el conocer la propia miseria, sin conocer á Dios, nos precipitaria en la desesperacion; pero conocer el abismo de la propia miseria, y al mismo tiempo el abismo de la misericordia de Dios, da el acierto á nuestra conducta y rectifica nuestro interior, como que forma la esperanza y la alegría de los Santos. Jesus no es solamente Dios, sino Dios Mediador y Dios Salvador; Jesus no seria Jesus, si no tuviera misericordia; ni esta se ejercitaria por efecto de la obra de Jesus, si no hubiera en el hombre la culpa y la miseria de que lo redime.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios Omnipotente! ¿Quién soy yo, y quién sois vos? Vos sois el Ser por esencia, y yo soy la nada: vos sois la misma fortaleza, y yo la debilidad: vos la verdad misma, y yo la mentira: vos la luz, y yo todo tinieblas: vos finalmente sois la misma santidad, y yo la malicia y el pecado. Dios mio, esperanza mia, mi consuelo y todo mi bien: yo me abandono enteramente en vuestras manos, y en vos solo confio: os he elegido por mi guia, y dejando en vos todos mis intereses, creo firmemente que no puedo perderme ni extraviarme; porque á esta mi confianza corresponderá vuestro auxilio, que humildemente imploro.

JACULATORIA.

¿Quién es esta que sube del desierto apoyada sobre su amado? sino la alma que en tí confia, ¡oh Señor!

LECCION.

Continúa la materia de ayer.

Mucha ventaja tiene el hombre cuando no ha abandonado su fé: como esta virtud no falta aun cuando nos arrastren nuestras pasiones al crimen, hay esperanza de remedio. Cuando el pecador se sienta acometido contra ella, debe recurrir á estas dos consideraciones: el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios. ¿Qué cosa es el hombre mas que un saco de maldad é inmundicias? ¿Los mayores Santos acaso lo han sido por sus propias fuerzas ó por su naturaleza privilegiada? Si Dios no les hubiera ayudado acaso hubieran sido peores que nosotros. ¿Qué era la Magdalena? ¿Qué era San Pablo? ¿Qué era San Agustín? El hombre cuando es pecador sigue el impulso de su naturaleza corrompida por la culpa original: cuando es virtuoso, la gracia de Dios es quien lo ha hecho como salir de su esfera para colocarlo en otra.

Por otra parte, ¿quién es Dios? ¡Ah! ¿quién puede responder exactamente á esta pregunta? Dios es infinitamente misericordioso, sabio, justo, poderoso. Dios sabe muy bien que el hombre no es mas que corrupcion é iniquidad. No puede esperar que por sí mismo sea limpio y sin mancha, ni nos exige que lo seamos por nuestras propias fuerzas; esto seria pedimos un imposible, y Dios no es injusto. Lo que quiere es que nos humillemos, que le pidamos y que cooperemos por nuestra parte á sus auxilios. "Señor, soy un inmundado: mi alma es el centro de la iniquidad." Esta confesion ingénuo es la que quiere que le hagamos; esta humildad es la que le agrada. "No son suficientes mis fuerzas para librarme del pecado, yo por mí mismo no puedo producir fruto de bendicion." Esta desconfianza de nosotros mismos es la que desea. Solo tú, Dios mio, eres el único Autor de la gracia y de la virtud: tú no desechas al pecador: tu misericordia infinita, por lo propio que lo es, no se cansa ni recibe el menor menoscabo, por mas pecados que perdone y por mas enormes que sean ellos. Esta confianza en su poder es lo que le prenda. Dios se complace mucho de que lo tratemos como á Dios, cuando le pedimos cosas dignas de un Dios.

Pero dirá el pecador: Me encuentro tan sucio, que me parece una falta de respeto presentarme ante mi purísimo Dios. Pero ¡ah! qué agravio tan grande hace el hombre con poner límites á las infinitas

perfecciones y misericordias de su Criador. Así que, no hay que tener vergüenza; no pongamos ese límite; acordémonos que Dios es infinitamente misericordioso; démosle todo su valor á esa expresion infinita: perdonar todos los pecados que se han cometido por todos los hombres y los que se cometerán hasta el fin del mundo. ¿Pues qué nos detiene? Vencido ya el obstáculo de la vergüenza, no hay mas que hacer sino recurrir á Dios con fé y confianza, y al efecto procurar mover nuestro corazón á que quiera eficazmente la enmienda, pidiéndosela á Dios de continuo, y valiéndonos de las lecturas y de los demas arbitrios que hemos insinuado ántes para lograr lo que aunque deseamos, no nos atrevemos á practicar.

Por ejemplo, ya está el hombre arrepentido de sus culpas; ya desea con sinceridad entrar en la senda de la virtud; pero ¿de qué modo la andará si su fé no es verdadera y su paciencia inalterable para sufrir el castigo que merecen sus enormes crímenes? ¿Quizá esta es la situacion mas crítica de una alma! Este es el punto en que corre mucho peligro, si no encuentra una sabia direccion. Puede abrazar una ilusion por una realidad, y marchar por una senda extraviada creyendo que camina por la verdadera. Puede formar ideas equivocadas de la virtud y de la penitencia, creyendo que aquella consiste en meras exterioridades, y que esta es un tirano inexorable que va á amargar todos los dias de su vida, y temiendo que sus fuerzas sean insuficientes para observarla, desespera de perseverar en ella. Este segundo estado del hombre es peor que el primero, no solo por la simple recaída, sino por la causa que la ha producido, que es la debilidad de su paciencia en sufrir las penas con que el mundo lo persigue.

No olvidemos jamas aquella sabia regla de un místico: *Un corazón desengañado del mundo no es siempre un corazón convertido.* El aspecto de la virtud es tan encantador, que no puede ménos que atraer los ojos del hombre atribulado; pero nos equivocamos recurriendo á ella por fines muy diversos de los que deben dirigirnos á sus brazos. Luego que el hombre siente algun contratiempo en el mundo, le viene á la idea retirarse de él y tal vez sepultarse para siempre en un desierto ó en un claustro. ¿Pero qué es lo que lo llevaria á esos lugares? ¿Seria un deseo sincero de servir á Cristo? ¿El mirar por su alma? ¿El asegurar su salvacion? Nada ménos que eso. Lo llevaria el objeto de encontrar allí un lenitivo temporal contra sus padecimientos temporales. Así sucede prácticamou-

te: se halla un hombre apasionado de una muger, le falta esta, se encela aquel: la pasion lo exalta, aborrece y detesta en ese momento á todas las mugeres: la castidad le encanta; pero no porque ella le sea amable, sino porque el que posee ésta virtud se ahorra de mil disgustos; de suerte que si en aquel instante pudiera fijar los deleites sensuales y hacer que las mugeres fueran constantes, y que no se encontraran en los amores profanos las amargas que se encuentran, renunciaria para siempre á la castidad y se entregaria á la lascivia. No es sincera uga conversion semejante. El ejemplo propuesto es aplicable á la pérdida de un empleo, á las que se hacen en el juego, á la mala correspondencia de los amigos, á los desaires de los poderosos y á todas aquellas incomodidades que nos ocasiona el mundo. De manera que si éste, en el mismo instante en que nos hallamos á nuestro parecer convertidos, estuviere pronto á darnos una satisfaccion completa y á resarcirnos los males padecidos, ni aun pensaríamos en la virtud. ¿Cómo podrá ser sólida ni duradera una conversion de este modo?

Es verdad que los disgustos que causa el mundo pueden ser motivo de nuestra conversion; pero no siempre son la conversion misma, sino preparativos para ella. De aquí es que para no engañarnos en perjuicio de nosotros y del concepto que debemos tener de la virtud, es indispensable que rectifiquemos nuestra conversion, trabajando por darle una base permanente. Volviendo al ejemplo propuesto, pregúntese ese hombre zeloso á sí mismo: ¿Si hoy que me hallo determinado á seguir la virtud, quedara convencido hasta la evidencia de que esa muger con quien me han ligado torpes lazos por tantos años, en nada me ha faltado, y que todo el motivo de mis zelos ha sido una ilusion, correria á sus brazos ó le volveria la espalda, caminando derecho por la senda de la virtud? ¿Qué respondes? ¿Vacilas? ¿Titubeas? ¡Ah! ¡qué sospechosa es tu conversion! Haceos esa misma pregunta todos los que por fastidio del mundo abrazais la virtud. Si respondeis con firmeza, con intrepidez, con decision en favor de esta, es buena señal; pero si suspirais, si no sabeis qué responder, es muy mala. Sin embargo, no se desalienten, pues como hemos dicho, aunque los disgustos del mundo no sean siempre la conversion misma, pueden ser su principio. Continuarémos explicando esta idea.

DIA CINCO.

San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia.

En 19 de Julio de 1381 nació Lorenzo en Venecia, de la noble familia de los Justinianos, y fueron sus padres Bernardo y Quirina. Esta señora todavía muy jóven quedó viuda y con muchos hijos, y se dedicó con el mayor cuidado á su educacion; aunque poco tuvo que hacer con la de Lorenzo, cuyo excelente natural y anticipada circunspeccion hicieron esperar lo que él mismo dijo á su madre desde bien niño, que seria gran siervo de Dios, así como sus hermanos Marco y Leonardo.

A los diez y nueve años de su edad, habiendo tenido una vision en la que veia que la sabiduría eterna se le ofrecia por esposa, resolvió abrazar el estado religioso, como en efecto lo hizo, burlando los designios de su madre, tomando el hábito en el convento de los canónigos reglares de San Jorge de Alga, á una milla de Venecia, despues de bien probadas sus fuerzas, segun el consejo de su tio Marin Quirino, sacerdote de aquella congregacion.

En el nuevo género de vida que habia abrazado se entregó con el mayor fervor á la práctica de todas las virtudes: sus austeridades eran tantas que los superiores se vieron precisados á moderarlo: su admirable paciencia se dió á conocer desde el noviciado, pues habiendo sido preciso por una enfermedad que padeció en la garganta hacerle una cruel operacion, mientras todos los espectadores temblaban, él, los animaba y la suñria sin exhalar la menor queja. Era igual su exactitud á la asistencia de las distribuciones monásticas: su humildad era profundísima; su mansedumbre brilló en mil lanceos en que estuvo expuesto á la burla de los mundanos; jamás se justificó cuando fué acusado falsamente: alguna vez salia á pedir limosna por las calles y llegaba á la puerta de su misma casa, rehusando lo que su madre le mandaba dar con abundancia, tomando únicamente dos panes, y dadas las gracias pasaba adelante como un extraño.

Tan relevantes virtudes lo elevaron al sacerdocio, á pesar de su resistencia, y en este estado fué un nuevo ejemplo de edificacion, por el fervor con que celebraba el santo sacrificio de la misa, y desempeñaba todos los ejercicios de su ministerio. En seguida fué

electo general de su Orden, la que gobernó con tanta sabiduría y zelo, que tanto con sus ejemplos, sus saludables reformas y luminosas instrucciones, la hizo progresar á tal grado en la virtud y observancia, que llegaron á granjear á nuestro Santo el titulo de verdadero fundador de ella.

Habiendo llegado á noticia del papa Eugenio IV la grande virtud y literatura de Lorenzo, lo nombró obispo de Venecia; dignidad que se vió obligado á aceptar nuestro Santo, á la que se dispuso aumentando su oracion y penitencias, y que desempeñó haciendo admirar su piedad para con Dios, su zelo por la salvacion de su grey y su caridad para con los pobres, no ménos que su modestia y humildad en su vida pública, y sus austeridades y penitencias en la privada, observando el mismo régimen que cuando era canónigo de Alga. Una conducta tan ejemplar le ganó el afecto de todos, y le facilitó la reforma de algunos abusos en su clero y la correccion de las costumbres públicas.

Habiendo muerto Domingo Micheli, patriarca de Grado, el papa Nicolas V dispuso pasar este título á Venecia, y nombró por primer patriarca á nuestro Santo; el cual vencidas algunas dificultades que se ofrecieron por parte del senado, y no habiendo podido conseguir se le exonerase de esta carga, representando llevar ya diez y ocho años de obispo, se vió precisado á obedecer el decreto del papa y ascender á esta dignidad, cuya ceremonia se celebró con universal aplauso de toda la ciudad.

Esta nueva dignidad no cambió en nada el tenor de vida pobre y humilde de nuestro Santo; pero sí aumentó tanto su fama, que jamás revisaron en Roma sus actos, ni revocaban sus sentencias cuando pasaban á ella por apelacion. En medio de las gravísimas ocupaciones de que continuamente estaba rodeado compuso varios tratados piadosos, en que se dá á conocer bien lo inflamado de su espíritu y lo sólido de sus virtudes; empleo glorioso en que lo cogió la muerte, pues teniendo setenta y cuatro años de edad y acabando de escribir su última obra titulada: *Los grados de perfeccion*, se sintió atacado de la última enfermedad.

Esta fué una violenta fiebre, que lo obligó á hacer cama, y viendo que sus domésticos le disponian un lecho mas cómodo que el que usaba de ordinario, les dijo con presentimiento de su próximo fin: *No perdáis el tiempo; mi Señor murió extendido en una cruz, y un cristiano, segun decia San Martín en su agonía, debe morir*

sobre la ceniza y el cilicio. La enfermedad se agravaba cada día, y aunque la pobreza del Santo era suma, hizo testamento, sin otro objeto que exhortar á todos á la virtud, y mandar que se enterrase su cuerpo como el de un simple religioso en su monasterio de Alga. En fin, despues de haber echado su bendicion á varias corporaciones y multitud de individuos que acudian á pedirselo, descansó en paz á 8 de Enero de 1455. Su cuerpo quedó expuesto á la veneracion de los fieles, y habiendo quedado insepulto por espacio de cincuenta y siete dias por la oposicion que hizo el senado acerca de su entierro, no sufrió la menor corrupcion.

Hizo Dios glorioso su sepulcro con multitud de milagros, y habiendo precedido las informaciones de estilo durante tres pontificados, beatificó á nuestro Santo Clemente VII en 1524 y lo canonizó solemnemente Alejandro VIII á 19 de Noviembre de 1690. La santa sede ha fijado en este día su fiesta, que fué como dice el martirologio, el que fué promovido á la dignidad episcopal.

La Epistola es del capítulo II de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Cuando fuí á vosotros á predicaros el testimonio de Cristo, no fuí con sublimes discursos ni sabiduría. Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo, y éste crucificado. Y mientras estuve entre vosotros, estuve siempre con mucha pusilanimidad, mucho temor y en continuo susto. Y mi modo de hablar y mi predicacion no fué con palabras persuasivas de humano saber; pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud, para que vuestra fé no estribe en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 335).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre &c.

MEDITACION.

De la confianza en la clemencia de Dios.

Considera aquel célebre pasaje del Evangelio de San Mateo, en que dice: "que llegando á Cristo un enfermo, se movió á sanarle por la fé de los que le traian," y hablando con él le dijo: "Confía, hijo,

que tus pecados son perdonados," enseñándonos con estas palabras el valor que tiene para Dios la fé y confianza en su bondad, y que este es el primer paso que hemos de dar para alcanzar las gracias que pretendemos de su mano: toma, como dichas á tí las palabras de Cristo: Confía, hijo, le dice, llamándole de este modo porque tenga confianza en él como en su Padre: Confía, hijo, si te hallares cargado de culpas, que te perdonaré tus pecados. Confía, hijo, si te vieres enfermo, tullido, y paralítico, si tienes fé como él, alcanzarás como aquel la salud. Confía, hijo, si te vieres desamparado, pobre y necesitado, como estaba este enfermo, que te ampararé y consolaré, y remediaré tu necesidad. Confía, hijo, si te hallares perseguido, que te defenderé. Confía, hijo, si te hallares olvidado, que me acordaré de tí, como me he acordado de este mendigo y lo he librado de todos los males, de cuerpo y alma, que le perseguian: ten confianza en tu Dios: acude á tu Dios.

Considera, cómo por la intercesion y la fé de los que trajeron al Señor este enfermo, le dió la salud y, mira cuánto te importa la intercesion de los buenos para conseguir de Dios lo que deseas; válete pues, de ellos para que su virtud y merecimientos alcancen lo que tú no mereces, y suplan lo que á tí te falta: mira cuánto agradó al Señor la piedad de estos conductores, los cuales viendo á este mendigo imposibilitado de venir le trajeron en hombros. ¡O caridad grande! ¡O virtud digna de eterna alabanza! Traer los enfermos á Cristo, no solo los del cuerpo sino los del alma; esta es la verdadera caridad. Toma estas lecciones y aprende á tener fineza de amor así para Dios, como para el prójimo, y pon todo tu cuidado en traerle todos los que detenidos en las cadenas de sus vicios no pueden venir á él, y para tí valerte de la intercesion de la Santa entre los santos, y Madre amabilísima del Hijo de Dios y tuya, para que te alcance lo que descas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Redentor mio, salud y defensa mia, aquí me tienes: pecador y paralítico soy, sáname por la fé y caridad de la que te condujo en su virginal vientre y en sus santísimos brazos; para que yo pueda como te prometo, traerle todos cuantos enfermos me fuere posible. Padre mio: mi amoroso Padre, en tí confío, en tí está la esperanza de mi salud. ¡Ah! no seré engañado porque tú eres la verdad, el Padre y maestro de ella; faltará el cielo y la tierra, pero la palabra de que el

que pusiere en tí su confianza no será engañado, no puede faltar jamas.

JACULATORIA.

Tú eres mi esperanza en la tierra de los vivientes.

LECCION.

Continúa la antecedente sobre las reglas para la vida cristiana.

Es en efecto un grande equívoco el fastidio que nos causa el mundo. No solamente los católicos, sino los que no lo son, se disgustan de él, ó porque no les satisfacen sus placeres por mas que gustan de ellos, ó porque les ocasiona algunas incomodidades positivas. Mas los católicos llevan sobre los que no lo son una gran ventaja, que consiste en que, en los primeros queda reducido á un disgusto que los impele á la desesperacion, como lo manifiestan tantos suicidios que se cometen por los incrédulos y protestantes, cuando en los cristianos es un paso hácia su verdadera felicidad. Esto es á lo que ha de aspirar un pecador que se siente fastidiado del mundo, y esto es lo que llamamos santificar la conversion. Hemos gozado de sus placeres: no se ha satisfecho nuestro corazon: nos melancolizamos porque no encontramos el gusto que esperábamos: ¿pues cuál debe ser la conducta del católico sino rectificar su conversion?

Al efecto debe procurar formar el debido concepto de los placeres carnales, de suerte que si estuviera en su mano hacerlos satisfactorios y permanentes, los renunciara. Entónces es cuando debe elevar su alma sobre la superficie de la tierra, y levantándose hasta tocar en el cielo, entrar por sus puertas, y comparar los bienes que allí se gozan con los que ofrece el mundo. Entónces debe pararse su consideracion en que tiene una alma inmortal, cuya suerte futura le es mas interesante que la presente de su cuerpo. Descendiendo despues hasta entrarse por los calabozos del infierno, considerar lo acorbo de aquellas penas, y sobre todo, la eternidad de los bienes ó males que le esperan, luego que termine la carrera de su vida.

Pues si aun suponiendo menores los males y los bienes de la otra vida que los de la presente, nos dicta la razon que prefiramos estos á aquellos, nada mas sino porque tienen la cualidad de eternos, ¿qué deberémos decir cuando la fe nos enseña la inmensa distancia que hay de unos á otros? ¿Qué son los bienes del mundo

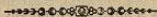
comparados con la gloria? ¡Ah! aquel David, inspirado por Dios y que conocia lo que valian ambos, exclama: "Elegí estar arrojado en el átrio de la casa de mi Dios, mejor que habitar en los tabernáculos de los pecadores." Si nos ponemos á meditar en las penas del infierno, nos horrorizariamos al escuchar que el mismo Dios parece que se admira de ellas, al decimos por boca de Isaías: "¿Quién de vosotros habitará con los ardores sempiternos?" El pecador por estas consideraciones debe empafarse en formar idea exacta de los bienes y males de esta vida comparados con los de la futura, hasta conseguir aborrecerlos de corazon. De este modo llegará á despreciarlos sin violencia, y á amar la virtud sin hacer un gran esfuerzo.

Si un hombre tuviera que elegir para su habitacion una de dos cuevas, de las cuales la primera encerrara una venenosa serpiente, y la otra una sencilla paloma, sin duda que correría á la de este animal doméstico; pero si al llegar á ella conociera que se habia equivocado, retrocedería sin esfuerzo alguno, sino por el impulso natural de su conservacion á la cueva que ántes habia despreciado. Pues lo mismo sucede respecto del hombre que ha tenido la dicha de percibir la suma diferencia que hay entre los males presentes y futuros. Muy ventajosa es la posesion del que ha formado idea exacta de lo aparente de los bienes del mundo, respecto del que no habiéndola formado, los aprecia del modo que no merecen.

Sin duda que el primero resistirá mas las tentaciones; y si precipitado por ellas alguna vez delinque, apénas pasará la ilusion cuando volverá sobre sí. Nuestra naturaleza degradada por el pecado, despues de la caída de nuestro primer padre ha quedado en situacion, que el hombre, aunque conozca la bondad de los bienes futuros, corre tras de los mundanos arrastrado de sus pasiones. Pero aunque sea esto evidente, no puede negarse que el que haya adquirido aquel conocimiento se halla mejor dispuesto para adquirir las impresiones de la gracia.

Es pues necesario que partamos de este principio: que el ser virtuoso cuesta trabajo; que el que se resuelve á abrazar la virtud, es preciso que se resuelva á trabajar constante y confinadamente. El mismo Dios dice "que la vida del hombre es milicia sobre la tierra." Las pasiones nos asaltan por todos lados, el demonio como leon rugiente buscará la oportunidad de devorarnos: no ménos fuertes serán los ataques que nos dará el mundo, brindándonos con sus placeres, lastimando el amor propio con el ridículo, la burla, el despre-

cio; se nos tendrá por fátuos y por fanáticos. Si entramos dentro de nosotros, allí encontraremos con nuestras malas inclinaciones, con nuestros hábitos perversos y arraigados, inspirándonos malos deseos: si salimos afuera, hallaremos al mundo y al demonio favoreciendo á aquellos enemigos interiores con ocasiones y lazos que puedan sorprendernos. Este es el estado permanente del virtuoso: es necesario pelear continuamente. Pero ¿y la gracia? esclamará alguno. Con la gracia ciertamente triunfaremos; mas no por eso dejaremos de trabajar mucho. Mañana explicaremos este fenómeno moral.



DIA SEIS.

San Donaciano, obispo y confesor.

El rey de los Vándalos en Africa Hunnérico, príncipe arriano, deseando dar un golpe funesto á la fé ortodoxa que la destruyese completamente, indicó una asamblea general en Cartago para el mes de Febrero del año de 484, con el fin de obligar á los obispos católicos á que probasen contra los arrianos con textos de la Sagrada Escritura, la consubstancialidad del Verbo. Para facilitar el vencimiento á los de su secta, se valió de los medios mas crueles que le dictó su tiranía, para impedir que asistiesen á la conferencia los obispos mas hábiles de entre los católicos. Nuestro Donaciano, obispo de Vibiana, fué una de las victimas de su zelo: adornado el Santo de todas las cualidades que hacen recomendable á un príncipe de la Iglesia, estaba bien extendida por toda la Africa la justa reputacion de sus virtudes y talentos, y esto era suficiente para que fuera el principal blanco de los tiros de Hunnérico.

Este príncipe, para solapar su pérdida conducta con los católicos que no queria que se presentasen en la asamblea, se valia de falsos pretextos que hiciesen recaer sobre ellos los mas severos castigos, y aun la misma muerte. Por la intriga que tramó contra Donaciano, el Santo obispo sufrió ciento cincuenta palos. No satisfecho el tirano con este severo castigo, que imposibilitaba al prelado el trabajar en favor de la fé católica, lo desterró á un lugar muy distante, en el que recibió el premio de sus padecimientos con una muerte dichosa. En union de San Donaciano fueron desterrados tambien los santos obispos Presidio, Mansueto, German y T'uscule.

De todos hacen memoria en este dia los martirologios antiguos y el romano moderno, aunque no se sabe cual haya sido el dia de su muerte.

La Epistola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimo: Bienaventurado el hombre que sufre *con paciencia* la tentacion, porque despues que fuere aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman. Ninguno cuando es tentado diga que Dios le tienta, porque Dios no puede dirigimos al mal; y así él á ninguno tienta, sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Despues la concupiscencia, en llegando á concebir, pare el pecado; el cual una vez que sea consumado, engendra la muerte. Por tanto, no os engañeis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que descendiendo del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad; á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas [pág. 66].

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno &c.

MEDITACION.

Sobre la indiferencia en que debemos estar respecto de nosotros mismos, para hacer en toda la voluntad de Dios.

Considera, que debemos estar indiferentes á todo lo que nuestro Señor quiera hacer de nosotros; porque somos los instrumentos de su espíritu, y los miembros de su cuerpo. Un instrumento tiene tres propiedades: está quieto cuando no lo empleamos: se deja manejar cuando nos servimos de él; y hace maravillas usado por una persona inteligente. Esto mismo debemos ser nosotros con respecto á Dios. Cuando Dios no nos emplea, debemos mantenernos tranquilos en el reposo; cuando se sirve de nosotros para alguna cosa, debemos obedecerle prontamente y sin resistencia; y cuando nos hallemos en sus manos, debemos considerarnos como un pincel en manos de un pintor, que hace prodigios si se deja manejar; pero que lo echaria á perder todo si se moviese por sí mismo. Necesario es, pues, que el instrumento esté muerto, para que reciba el movi-

miento de la causa principal. Verdad es esta que se manifiesta por sí misma; pero la desgracia es que nosotros no queremos entenderla. Amigos de obrar siempre á nuestro albedrío, en nada pensamos ménos que en obedecer la voz de Dios ni la de los superiores que nos gobiernan en su nombre; y aun en las cosas que sin esperar nuestra voluntad obra Dios con nosotros, si no son de nuestro gusto, nos inquietamos, nos desconcertamos y aun nos vemos á punto de caer en desesperacion. ¡Oh, y qué daños nos trae la falta de esta indiferencia!

Considera, que no solo somos los instrumentos del espíritu de Dios, sino tambien los miembros del cuerpo místico de Cristo. Jesucristo, dice San Pablo, es la cabeza de su Iglesia; y como tal, exige de nosotros el servicio y la subordinacion de miembros. En el cuerpo humano la cabeza tiene sobre los demas miembros una preeminencia de órden, de perfeccion y de poder; de órden, porque la cabeza se llama el principio de todas las cosas; de perfeccion, porque en la cabeza residen todos los sentidos; de poder, porque de la cabeza reciben los otros miembros su movimiento y direccion. Jesucristo es nuestra cabeza en estas tres maneras: se halla exaltado sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles; está lleno de gracia, de ciencia, y dotado de todas las perfecciones; ilumina, dirige, purifica y hace obrar á todos los miembros de su Iglesia en lo exterior con su ley, é interiormente con su gracia. Si, pues, como es debido, reconocemos á Jesucristo por nuestra cabeza, debemos conducirnos como los miembros con la suya, abandonándonos á su conducta, siguiendo en todo el movimiento de su espíritu, viviendo indiferentes para obrar ó no obrar, fatigarnos ó estar en reposo, elevarnos ó bajarnos, ir á un lugar ó á otro, segun en todo agrade á nuestra cabeza. Mas ¡oh Dios, que léjos de ser ésta nuestra conducta, siempre vivimos revelados y sacudiendo sin cesar el suave yugo de su dominacion!

PETICION Y PROPOSITOS.

Así es, Señor, que el abuso que yo he hecho de mi voluntad y albedrío me ha llevado muchas veces á desconocer las preeminencias que tienes sobre mí, hasta el exceso criminal de hacérseme un hábito la insubordinacion á tu Magestad y el apego á obrar por mi libre eleccion. Yo conozco que ha sido suma la paciencia y la bondad con que has sufrido, mi osada rebeldia, y esto mismo me esti-

mula á reparar; como lo haré en lo sucesivo con el auxilio de tu gracia, mi extraviada conducta con una total obediencia y perfecta conformidad con las disposiciones de tu voluntad divina.

JACULATORIA.

Señor, ¿qué quieres que yo haga?

LECCION.

Prosiguen las reglas para la vida cristiana.

Si Dios nos dijera: Id á conquistar el reino de los cielos, sojuzgad vuestras pasiones, venced al mundo, al demonio y á la carne; derrotadlos; pero las tropas que llevais son vuestras propias fuerzas, esa naturaleza corrompida y degradada por el pecado, que al primer ataque se pasará al enemigo y os hará tambien la guerra, ciertamente que nos pediria un imposible. La derrota de nuestra alma seria infalible. ¿Cómo nos habia de exigir nuestro justísimo Dios una cosa del todo inasequible? No, no nos manda solos á la pelea. Ahí os doy mi gracia, nos dice, mis auxilios; si tuvierais alguna pérdida en cualquiera refriega, acudid á mis sacramentos, en donde recibiréis nuevas y poderosas fuerzas: si os viciereis en algun apuro, por medio de la oracion alcanzareis los socorros necesarios para salir victoriosos.

Esto es lo que nos dice, nos promete y nos cumplirá exactamente nuestro Dios. De aquí se sigte que aunque esos auxilios con que entramos á la pelea sean por su naturaleza muy superiores á nuestros enemigos, no por eso es una cosa fácil para nosotros la victoria; la conseguiremos ciertamente si sabemos aprovecharnos de aquellos; pero en esto puntualmente es en lo que consiste nuestro gran trabajo, en saber aprovecharnos de esos auxilios, en cooperar de nuestra parte al influjo de la gracia. Nuestros enemigos son implacables, nunca se dan por vencidos; son astutos, y saben preparar, disponer y dar los ataques: son infatigables, no duermen ni descansan; en todo instante están dispuestos á atacar con ardor. ¿Podremos librarnos de trabajar mucho, hallándonos de continuo atacados de tales enemigos? Nosotros, aprovechándonos de la gracia, triunfaremos ciertamente. Debemos persuadirnos de que nada es invencible ó insuperable, aunque á primera vista nos lo parezca. Todo,

todo es vencible; pero tambien es cierto que nos ha de costar trabajo conseguir el triunfo.

Determinado el pecador á trabajar, veamos en qué consiste el trabajo. Este es el punto en que debemos detener la prudente consideracion, pues al tiempo de detallar ese trabajo es cuando los rigoristas lo describen tan enorme; no debemos atender á estos, sino arreglarnos al modo ordinario con que la Providencia se conduce. Debemos, sí, estar persuadidos de que cooperando nosotros por nuestra parte con cuanto podamos, si Dios por sus altos juicios permite que nos veamos en un peligro de que no podemos evadirnos en un órden regular de cosas, si confiamos en su Magestad, nos librará de él haciendo un milagro en favor nuestro si fuere necesario. Mas esto de lo que ha de servirnos es de consuelo, no de regla general para esperar continuamente milagros. Así que, seria una temeridad exponernos á aquellas penitencias que sin una inspiracion particular, y una providencia especial de Dios, no podriamos sostener sin causarnos la muerte. Por ejemplo, subimos en una columna como los Súlitas, á sufrir la intemperie de los tiempos sin defensa alguna y á esperar nuestra subsistencia directamente del cielo; cargarnos de cilicios y tomar repetidas y sangrientas disciplinas, que naturalmente habian de debilitarnos, consumirnos y acabar al fin con nuestra existencia; ayunar sin tomar bocado alguno en muchos dias ó cuaresmas enteras; ponernos en disposicion de no sentir ni aun los menores estímulos de las tentaciones: perseverar por muchas horas en oracion fervorosa y sin padecer la menor distraccion: evitar hasta las mas ligeras imperfecciones, y otras cosas semejantes, para cuyo desempeño se necesita una providencia extraordinaria de Dios.

Los autores de que hemos hablado nos ponen en la triste situacion de hacernos creer que todo eso hemos de practicar para salvarnos, porque aunque no nos lo manden expresamente, lo inferimos de sus doctrinas. Nos amenazan á cada paso con el infierno por pecados veniales y aun por meras imperfecciones. Nuestra oracion es infructuosa si va acompañada de distracciones aunque sean involuntarias; debemos á fuerza de penitencia y ayuno, ponernos en estado de no sentir las tentaciones, y de este modo venimos á sacar por consecuencia que no es para nosotros la virtud; á lo dicho se añaden los escrúpulos que nos infunden para confesarnos bien. Al leer sus doctrinas, creemos que no hemos hecho una confesion buena en toda nuestra vida, y lo peor es, que tampoco quedamos satis-

fechos con las que despues hacemos. ¿No es esto persuadirnos indirectamente que la virtud es impracticable? No lo creamos así: reservemos para la leccion inmediata aclarar mas esta materia.

DIA SIETE.

Santa Regina, vírgen y mártir.

Nació Regina por los años de 258 de Alexia en Borgoña, de padres nobles y ricos; pero por desgracia paganos. Habiendo muerto su madre recién nacida la Santa, su padre se vió precisado á darla á criar á una ama que era cristiana, la cual supo infundir en su corazón el afecto al cristianismo, de suerte que siendo ya de alguna edad, no solo recibió el bautismo, sino que hizo voto de castidad para servir á Dios con mas perfeccion, sin temor de los riesgos á que se exponia; pues animada con la lectura de las actas de los mártires, y confiando en la proteccion de la Santísima Virgen, á quien veneraba cordialmente, todo su deseo era vestir su sangre por Jesucristo su esposo.

Muy pronto llegó este caso, porque su padre, que se llamaba Clemente, ignorando que su hija era cristiana, ofreció su mano á uno de los muchos pretendientes nobles y ricos que deseaban casarse con ella, movidos de su extraordinaria hermosura y demas prendas. Propuso Clemente el partido que habia ya aceptado á Regina, persuadiéndola á que se casara; pero no pudiendo conseguir nada de ella, y oido de su misma boca que era cristiana y habia hecho voto de permanecer vírgen, se retiró lleno de cólera, dejándola en la casa de su ama, despues de haberla amenazado con su furor.

Poco tiempo despues de esta conferencia llegó á Alexia Olibrio, nuevo gobernador de las Gaulas, nombrado por el emperador Decio, é informado del caso y de la hermosura de la Santa, la mandó llamar para conocerla. Al momento que la vió se enamoró de ella, y le ofreció su mano, pintándole con la mayor viveza las delicias de que disfrutaria en la corte si la aceptaba. La tierna doncella confesó con valor y humildad que era cristiana, y que no abandonaria su religion por todas las coronas del mundo. No desesperó por esta negativa el gobernador; díjole se retirase á su casa á pensar despacio, creyendo triunfar de su constancia, no obstante la claridad con que le habia hablado Regina.

Clemente se retiró con su hija, y no omitió medio, ya valiéndose de la seducción, ya de los ruegos y también de las amenazas, para hacerla prevaricar; pero todo fué en vano, porque animada Regina del poder de la gracia se mantuvo firme, y solo respondia que era cristiana y esposa de Jesucristo. Esta misma respuesta dió al gobernador, cuando por segunda vez la condujeron á su presencia; y de tal suerte volvió por su religion viéndola ultrajada por Olibrio, que este empeñado ya en triunfar de ella, sin omitir medio alguno pasando de la seducción dulzura al imponente temor, dispuso la condujesen á la cárcel y la encerrasen en un calabozo.

Creyendo que los horrores de la prisión habrían ablandado ya á nuestra Santa, mandó sacarla de ella para hablarle de nuevo; pero habiendo oido las mismas respuestas que antes, y enfurecido con la nueva repulsa que hacia á sus ofertas, le mandó devolver á su calabozo, y que metido su cuerpo en un haro de hierro, la colgasen con dos cadenas de las paredes opuestas, en cuya postura incómoda permaneció mas de un mes, tiempo que tardó el gobernador en hacer un viage, y del que se aprovecharon los parientes de Regina intentando seducirla, aunque todo fué inútil. Habiendo vuelto Olibrio, dispuso se llevase á la Santa otra vez á su tribunal: hablóla con muestras del mayor amor: repitió las promesas que le tenia hechas; no omitió en fin cosa alguna para inclinarla á que consintiese á sus deseos; y ya indignado de su resistencia, mandó ponerla en el potro y que su cuerpo fuera despedazado con azotes. A vista de este cruel espectáculo, todo el pueblo se conmovió dando gritos por salvarla; y temeroso el tirano de una sublevacion, mandó quitar del tormento á Regina y conducirla á la cárcel, á donde habiéndose puesto esta doncella angelical en oracion, se le representó una cruz de extraordinaria magnitud, y sobre ella una hermosa paloma que con lucidos resplandores disipaba las tinieblas del calabozo, oyéndose una voz que consolándola y animándola le anunciaba su pronto triunfo, y la gloria que le tenia preparada su divino Esposo.

Mandó Olibrio al día siguiente que la sacaran de la cárcel y le pusieran hachas encendidas en las llagas que tenia por los azotes del día anterior. Ordenó despues que fiera metida en agua fria; y mientras mas la atormentaban, mayor era su constancia y su regocijo. Exhortaba al pueblo á que se convirtiera á la fe de Jesucristo, y vió la misma paloma de la prison, que traia en el pico una hermosa corona que le puso en la cabeza, oyéndose una voz celestial que decia,

Ven, Regina, ven á reinar eternamente en el cielo con tu divino Esposo: ven á recibir el inestimable premio debido á tu perseverancia. Este acento fué escuchado por todo el concurso, habiendo proclamado la religion de Jesucristo mas de ochocientos gentiles, mandó Olibrio que se le cortara la cabeza ántes de que se sublevara todo el pueblo. Así murió esta ilustre mártir en 7 de Setiembre del año de 274 cuando apenas tenia diez y seis de edad.

Los cristianos enterraron su cadáver en Alixia, y permaneció bajo de la tierra hasta que se aplacó la persecucion de la religion, y entonces fué exhumado y puesto en la Iglesia dentro de una hermosa caja. Primero se formó una capilla en memoria de la Santa, que despues fué monasterio, y llegó con el tiempo á formarse allí una villa. En el año de 864, el abad Egil, previo el consentimiento del rey Carlos el Calvo y del obispo de Atun, trasladó los preciosos restos de Santa Regina al monasterio de Arigni, donde se veneran y se han singularizado por los milagros que Dios ha hecho en este lugar.

La Epistola es del capítulo I de la primera que escribió el Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Considerad quienes son los que han sido llamados de entre vosotros: como no sois muchos los sabios segun la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles; sino que Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios; y Dios ha escogido á los flacos del mundo para confundir á los fuertes; y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que eran nada, para destruir las que son, á fin de que ningun viviente se jacte ante su acatamiento. Y por esta conducta del mismo Dios es que vosotros subsistis en Cristo Jesus, el cual fué constituido por Dios para nosotros sabiduria y justicia, y santificacion y redencion; á fin de que, como está escrito: El que se gloria gloriесе en el Señor.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo.

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su muger por cualquier motivo? Jesus en respuesta les dijo: ¿No habeis leído que aquel que al principio crió el linage humano, crió un hombre y una muger, y dijo: Por tanto, dejará el hombre á su padre y á su madre,

y unirse ha con su muger, y serán dos en una sola carne? Así es que ya no son dos sino una sola carne. Lo que Dios, pues, ha unido no lo desuna el hombre. Pero ¿por qué, replicaron ellos, mandó Moises dar libelo de repudio y despedirla? Dijoles Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón, os permitió Moises repudiar á vuestras mugeres; mas desde el principio no fué así. Así pues os declaro, que cualquiera que despidiere á su muger, sino en caso de adulterio, y se casare con otra, este tal comete adulterio; y que quien se casare con la divorciada, tambien lo comete. Dícenle sus discipulos: Si tal es la condicion del hombre con respecto á su muger, no tiene cuenta el casarse. Jesús les respondió: No todos son capaces de esta resolucion, sino aquellos á quienes se les ha concedido. Porque hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; y hay eunucos que fueron castrados por los hombres; y eunucos hay que se castraron á sí mismos por amor del reino de los cielos. Aquel que sea capaz de eso, séalo.

MEDITACION

Sobre el temor de Dios.

Considera en aquellas terribles palabras del Santo Job: "Siempre he temido á Dios, como olas hinchadas sobre mí, y no he podido llevar su peso." Mira cuán engañados andan los que piensan que el temer la ira de Dios es propio de los pecadores. ¿Pádose hallar hombre mas santo que Job en cualquiera estado, ó próspero ó adverso? Pues oye lo que dice de sí mismo: "Siempre temí á Dios como olas hinchadas sobre mí." No hay temor comparable al de los navegantes embestidos de recios torbellinos y huracanes, cuando están viendo que las olas amenazan por varios puntos dejarse caer sobre el baje, y undirlo en los abismos. ¡O qué sustos! ¡O qué gritos! ¡O qué gemidos y llantos! ¡O qué horror! Pues así dice Job, que tenía á Dios enojado sobre sí, como olas hinchadas. No desdice esto de la santidad, ántes es muy conforme, porque de ahí toma mayores fuerzas. ¿Qué es santidad sino el desprecio de todas las cosas? Porque así como los navegantes en tal caso no piensan en banquetes, dignidades, ganancias ni pasatiempos; sino en salvar la vida: así los santos en nuestro caso no piensan sino en salvar su alma. Tú por ventura vives hasta ahora aficionado á todas las cosas del mundo. ¿Sabes por qué? Porque te imaginas á Dios como un mar en calma

de quien no hay que temer naufragios. Miralo embravecido, y verás como no podrás pensar en otra cosa sino en salvarte, aunque sea desnudo sobre una tabla.

Considera como los navegantes en una furiosa tempestad, no solo desprecian y arrojan todo; mas tambien levantan las voces al cielo, tan devotas y tiernas, que en ningun otro tiempo saben llorar y encomendarse á Dios con mayor fervor. Así lo hacen los santos, y por eso dijo Job lo que queda dicho para denotar, que él en todo el discurso de su vida se habia encomendado á Dios tan veras, y con tal instancia, como lo hace quien en una deshecha tormenta ve venir las olas hinchadas sobre sí. Verdad es, que así como los navegantes por mucho que encomienden á Dios su vida, no por eso dejan de ayudarse en todo lo que pueden, remando, zarpando, desatando y cortando lo que se ofrece, así hacen los santos; y así que-ria dar á entender Job haberlo hecho: ¿Qué haces tú? ¿O no te encomiendas á Dios, ó te estás mano sobre mano sin hacer cosa buena que te ayude para conseguir tu salvacion? Señal es, que hasta ahora estás muy léjos de haber concebido lo que es temor, como en tempestad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡O alma mia; ó cuerpo mio! es necesario salvarnos y sea al precio que fuere. Sí, ó Dios mio; lo quiero, quiero salvarme. Ayúdame, ó Señor; hazed sincero, constante y eficaz el deseo que tengo de salvarme: infundid en mí vuestro santo temor: hazed que todo lo desprecie, que todo lo pierda, que os ruegue con todo el afecto de mi corazón que os compadezcáis de mí, y no me dejéis perecer en las enrespadas olas de vuestro justo enojo y mis tempestuosas pasiones: dadme la salvadora tabla de vuestra gracia.

JACULATORIA.

Separadme de todo lo malo, haciendo viva en vuestro santo temor, y trabajando en vuestro servicio.

LECCION.

Continúan las reglas para la vida cristiana.

Habiendo de tratar en esta leccion del constitutivo verdadero de la perfeccion cristiana, y teniendo á la vista lo que sobre este asun-

lo escribe un autor que ha merecido un rango distinguido entre los maestros de espíritu, y cuyas reglas son admiradas, seguidas y aplicadas por todos los directores de almas que se hallan instruidos en sus deberes, copiamos á la letra los párrafos que desempeñan nuestro intento, teniéndonos por muy honrados en que callando nuestro propio discurso, hable á nuestros lectores el de un autor tan sabio.

“Muchos, dice este maestro, no atendiendo á la gravedad de la materia, creyeron que la perfeccion consiste en el rigor de la vida, en la mortificación de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigillas y otras penitencias y obras exteriores.

“Otros, y particularmente las mugeres, cuando rezan muchas oraciones, oyen muchas misas, asisten á todos los oficios divinos y frecuentan las Iglesias y comuniones, creen que han llegado al grado supremo de la perfeccion.

“Algunos aun de los mismos que profesan vida religiosa, se persuaden que la perfeccion consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina regular y todos sus estatutos.”

“Así los unos ponen todo el fundamento de la perfeccion evangélica en estos, los otros en aquellos ó semejantes ejercicios; pero es cierto que todos igualmente se engañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que ó disposiciones y medios para adquirir la santidad, ó frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfeccion cristiana y el verdadero espíritu.

“No es dudable que son medios muy poderosos para adquirir la verdadera perfeccion y el verdadero espíritu en las personas que las usan con prudencia y con discrecion, para fortalecerse contra la propia malicia y fragilidad, para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro comun enemigo, y en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios á todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente á los nuevos y principiantes.

“Son frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías contra el espíritu, para humillarlo y tenerlo sujeto á su Criador: viven en la soledad y en una entera abstraccion de las criaturas para preservarse de los menores defectos, y no tener conversacion sino con el cielo, con los ángeles y bienaventurados:

se ocupan en el culto divino y en las buenas obras: hacen oracion y meditan en la pasion del Redentor, no por curiosidad ni por gusto ó consolaciones sensibles, sino por conocer mejor la bondad y misericordia divina, y la ingratitude y malicia propia: por excitarse mas cada dia al amor de Dios, al aborrecimiento de sí mismas, siguiendo con la cruz y con la renuncia de la propia voluntad los pasos del Hijo de Dios: frecuentan los sacramentos sin otro fin, que el del honor y gloria de Dios, y de unirse mas estrechamente con su divina Magestad, y cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos.

“Lo contrario sucede á las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de su devocion en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdicion y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados manifiestos; no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mismas, sino porque se ocupan de tal suerte en ellas, que se olvidan enteramente de la reforma del corazon y de velar sobre sus movimientos, y dejándolo que siga libremente sus inclinaciones, lo exponen á las asechanzas del demonio: y entónces este maligno espíritu, viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solo las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios; pero llena la imaginacion de quiméricas y vanas ideas de las delicias del paraíso, donde piensan algunas veces que se hallan entre los coros de los ángeles como almas singularmente escogidas y privilegiadas, y que sienten á Dios dentro de sí mismas. Usa tambien del artificio de sugerirles en la oracion pensamientos sublimes, curiosos y agradables, á fin de que imaginándose como San Pablo, arrebatados al tercer cielo, y persuadiéndose de que no pertenecen ya á esta baja region del mundo, vivan en una abstraccion total de sí mismas, y en un profundo olvido en todas aquellas cosas en que deberian mas ocuparse.

“Mas en cuantos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas, y cuán léjos se hallen de la perfeccion que vamos buscando, se puede reconocer fácilmente por su vida y costumbres; porque en todas las cosas grandes ó pequeñas desean ser siempre preferidas á los demas: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio; y siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas; y si alguno les toca, aunque sea muy levemente en la opinion y estimacion que tienen concebidas de sí mismas, ó las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupan por costumbre, se enojan, se

turban y se inquietan sobre manera; y en fin, si Dios para reducir las al verdadero conocimiento de sí mismas y al camino de la perfeccion, les envia trabajos, enfermedades y persecuciones, (que son las pruebas mas ciertas de la fidelidad de sus siervos, y que no suceden jamas sin orden ó permiso de su Providencia) entónces descubren su falso fondo y su interior corrompido y gastado de la soberbia; porque en cualesquiera sucesos tristes ó alegres, felices ó adversos de esta vida no quieren conformar su voluntad con la Dios, ni humillarse debajo de su divina mano ni rendirse á sus adorables juicios, no ménos justos que impenetrables, ni sugetarse á imitacion de su Santísimo Hijo á las criaturas, cuando á sus perseguidores como á instrumentos de la bondad divina, que cooperan á su mortificacion, perfeccion y salud."

"De aquí nace *el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer*; porque como tienen viciados y oscurecidos los ojos con el amor propio y los apetitos de la propia estimacion, y solo miran á sí mismas y á sus obras exteriores, que por sí son buenas, se atribuyen muchos grados de perfeccion, y llenas de presuncion y soberbia, censuran y consideran á los demas; y á veces las deslumbra de tal suerte su orgullo, *que es necesaria una gracia extraordinaria* del cielo para convertir las y sacarlas de su engaño; pues como muestra cada dia la experiencia, *con mas facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifesto, que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.*

"De todo lo referido, podrás comprender con claridad que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan preocupar de grandes errores.

"Si quieres, pues, entender en qué consiste el fondo de la verdadera piedad y toda la perfeccion del cristianismo, sabe que no consiste en otra cosa, que en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios, y la bajeza y propension de nuestra naturaleza al mal; en amar á Dios y aborrecernos á nosotros mismos; en sujetarnos no solo á su Divina Magestad, sino tambien á todas las criaturas por su amor; en renunciar enteramente nuestra voluntad, á fin de seguir siempre la suya; y sobre todo, en hacer todas estas cosas únicamente por la honra y gloria de Dios, sin otra intencion ó fin que agradarle, y porque su Divina Magestad quiere y merece ser amado."